

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 7-9): *Me sedujiste, Señor.*

Salmo (62, 2-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (Romanos 12, 1-2): *Os exhorto, por la misericordia de Dios.*

Evangelio (Mateo 16, 21-27): *Tú piensas como los hombres, no como Dios.*

Quien entra en un museo con niños suele pasar por momentos escabrosos cuando delante de un desnudo, se ponen a hacer preguntas, en voz alta, sobre las partes de la pieza artística que les llama la atención. Sin ser conscientes, han reaccionado a la provocación del artista que, en una escena dura, ha querido expresar alguna experiencia de la vida que nos hace preguntar: ¿Qué quiere decir con esta imagen? ¿No podía haber elegido otra para significar lo mismo con menos dureza?

Es tan frecuente en el arte y la literatura este tipo de lenguaje que debemos reconocer la fuerza expresiva de las imágenes y la marca que nos dejan en el corazón, como golpes a nuestro mundo interior de pensamientos y sentimientos, como gritos proferidos desde situaciones límite que no nos conforta con ser una pieza más en la colección del museo o una pieza más de la literatura. También esto ocurre en la Biblia, la biblioteca de Dios. El espejo de la Humanidad en donde puede verse reflejada. También en la Biblia hay escenas, narraciones y palabras tan duras como la vida misma.

Jeremías, como todos los que viven muy intensa y apasionadamente la vida, sabe buscar esas imágenes. Necesita encontrarlas para contagiarnos sus entusiasmos y sus crisis, sus entregas incondicionales y sus dudas radicales como consecuencia de la vida que sus ideales le deparan o sus amores le reservan. Y hay dos amores que le han llenado la vida: Dios y su gente. Aunque encuentra que se la han llenado con todos los ingredientes que la vida tiene: Mucha alegría hasta perder la cabeza, y mucho sufrimiento hasta devolvérsela convertida en pregunta y duda radical.

Todo eso forma parte de la vida y de la existencia: los grandes sentimientos, las grandes ideas, los grandes ideales, los inmensos proyectos, las profundas convicciones, los valores merecedores de nuestra entrega, los objetivos por los que uno daría la vida..., en definitiva “vivir con sentido”. Quienes encuentran ese objetivo y ese proyecto están dispuestos a darlo todo por hacerlo realidad. Aun cuando, a veces, la duda reaparezca en forma de crisis.

En la vida hay cuestiones tan difíciles de expresar que las eludimos descaradamente porque resultan imposibles de introducir en la conversación con algunas personas. Prueben, por ejemplo, a hablar sobre la muerte con todo el mundo. Hay quienes rechazan el tema categóricamente por la reacción anímica que experimentan.

Lo que en época antigua solía ocurrir con temas denominados “tabú”, hoy es frecuente verlo extendido a otros temas. Como el que hoy nos proponen las lecturas que muchos lo verán como poco idóneo para un día que pone punto final de las vacaciones de mucha gente y otros lo considerarán muy oportuno para un inicio de temporada nueva que puede orientarnos en los valores que van a ser decisivos para el nuevo curso escolar o laboral.

Jesús se empeña en hablar del Mesías, figura más propia de la tradición judía que de nuestra historia cristiana, en que la hemos sustituido por Salvador y Redentor. Pedro, que simboliza al creyente impregnado de cultura de su tiempo y reacio a asumir modelos que signifiquen esfuerzo y austeridad, se niega a entrar en ese lenguaje. Prefiere dejar para otros el peso de la historia y reservarse el disfrute y la comodidad para él y los suyos, entre los que considera a Jesús.

Porque Mesías solía evocar la figura de un rey poderoso que tendría la misión de implantar, con poder, lo que se había denominado Reino de Dios, frente al poder de los monarcas de cualquier época. Jesús insiste en una visión poco brillante, poco atractiva, de escaso eco social y nulo reconocimiento, pero constante y tenaz. Eso requiere mucho riesgo, mucho convencimiento y compromiso. Hace falta una constante maduración y reflexión que ayude a mantener una visión tan poco aceptada y estimulante cuando las culturas inducen el apoyo al éxito inmediato.

Por eso Él insistía en la necesidad de la oración como contacto con el mundo de Dios y, sobre todo, su visión, su forma de entender la vida, su sensibilidad. Es en esa relación como se puede mantener algo que los demás rechazan. Sin embargo, Jesús insistirá, una y otra vez, en su negativa. El camino de los poderosos no conduce a ninguna parte, solo a dejar las cosas como están. El camino de los débiles y pobres es el que involucra a todos en procesos de humanización. Este no enfrenta sino que une. No divide sino que incluye. Es lento, pero efectivo. Real, no fantasioso. Pacífico, no violento. Es el camino que Dios ha elegido para sus hijos.